



## ***H-industri@*** ***Revista de historia de la industria, los servicios y las empresas en América Latina***

Año 7- Nro. 13, segundo semestre de 2013

### **El legado de Hobsbawm**

José Carlos Chiaramonte

Elaborar un texto sobre un tema tan vasto como el del legado de Hobsbawm requeriría un tiempo mucho mayor del que he dispuesto desde la invitación que recibí para hablar ante Uds. Lo que haré hoy será reunir recuerdos personales de mis pocos y breves encuentros con Hobsbawm con las reflexiones sobre mis lecturas de trabajos suyos, lecturas que fui haciendo a lo largo de muchos años. Quiero advertir también que en lo que voy a leer he incorporado fragmentos de algunos artículos míos que fueron publicados hace algunos años en la edición argentina de *Le Monde Diplomatique* y en el diario *Clarín*.

La expresión “El legado de Hobsbawm” produce una inquietud: ¿se trata del legado de un destacado intelectual llamado Eric Hobsbawm o sólo de una de sus facetas, la del historiador? El interrogante es válido porque su actividad intelectual no se ejerció sólo en el campo historiográfico sino también en el político. Y en este terreno, lo que podría considerarse como su legado se ve afectado por una circunstancia que configuró para él un dramático y no bien procesado cargo de conciencia. Porque si por una parte Hobsbawm llamaba a no abandonar el combate contra las injusticias sociales, por otra no pudo menos de sentir comprometida la postura moral que implicaba ese mensaje por su nunca abandonada militancia en el Partido Comunista británico luego de las revelaciones de lo ocurrido en la Unión Soviética durante Stalin y sus sucesores.

Lo primero podríamos resumirlo con estas palabras de su autobiografía: “...no abandonemos las armas, ni siquiera en los momentos más difíciles. La injusticia social debe seguir siendo denunciada y combatida. El mundo no mejorará por sí solo.”<sup>1</sup> Lo segundo, refiere a la falta de una respuesta suya convincente a la impugnación de sus críticos por la persistencia de su adscripción política. Más aún, a la no admisión de que hubiera una falta en lo que sus críticos le reprochaban.

Si atendemos al conjunto de su autobiografía se nos hace claro que su vida no fue la de un historiador que además de ocuparse de su oficio, hacía a veces política. Por el contrario, lo que constituye la nota dominante de ese libro es el reflejo de la permanente inquietud política de un intelectual que además, atendía también a su carrera académica y a su obra de historiador que, asimismo, consideraba que debía estar al servicio de esa voluntad política...

...¿Para bien o para mal? Perdonen Uds. este abrupto signo de duda colocado sobre lo que acabo de señalar. Pero quiero atenerme a lo que he llegado a comprender a lo largo de mi oficio de historiador y que ocupa lugar central en el Prólogo a mi último libro, publicado hace un par de meses, uno de cuyos párrafos quisiera leer aquí:

“En el transcurso de su labor profesional los historiadores suelen verse inquietados por un fenómeno cuyas manifestaciones se registran desde la antigüedad hasta el presente. Se trata del uso político de la historia, efecto de una relación, la de historia y política, que puede adquirir expresiones diversas. Aunque fundadas siempre en la presunción de la eficacia del conocimiento del pasado para la comprensión del presente, ellas pueden convertirse en una manipulación de los datos históricos en función de objetivos del presente, de manera tal que el afán de conocimiento resulta desnaturalizado. Es por eso que aclarar la cuestión de las relaciones entre historia y política es de capital importancia para el desarrollo de ambas disciplinas, y por lo tanto, para la cultura de un país.”

[...]

“En nuestras primeras etapas profesionales –agregábamos–, la cultura argentina, y no sólo argentina, estaba fuertemente influida por corrientes que, por razones éticas, postulaban una estrecha y necesaria vinculación de la Historia con los intereses de un sujeto colectivo que, según la postura política o ideológica adoptada, podía ser concebido como "el pueblo", "el proletariado" o "la nación". Esto indicaba que la respuesta a aquella inquietud provenía de una concepción de la Historia como instrumento de acción política, o, lo que es lo mismo, de un enfoque del estudio del pasado como una fuente de experiencias útiles para obrar sobre el presente. Esta postura dio lugar a diversas manifestaciones, muchas de las cuales forman parte de lo que se dio en llamar el "compromiso" del intelectual, pero que frecuentemente originó esa manipulación política de la Historia que hemos recordado...”<sup>2</sup>

De manera que uno de los problemas importantes del caso de Hobsbawm, que excede las posibilidades de ahondarlo en los límites de esta exposición, sería el de determinar en qué medida la profesión de fe política de Hobsbawm obró positiva o negativamente sobre su labor de historiador. Para tranquilidad de Uds., me apresuraría a responder algo que surge de lo que expondré más adelante: que la notable calidad intelectual de Hobsbawm redujo al mínimo, diríamos, el riesgo que acabo de señalar.

Es cierto que el caso de alguien que ha sido, sin lugar a dudas, una de las cumbres historiográficas del siglo pasado, sería de inestimable valor no sólo para rendirle el homenaje que merece sino también para reflexionar sobre uno de los problemas más antiguos de la historia intelectual de la humanidad: el de las relaciones de una gran obra –artística, científica, literaria– con la vida de su autor. Pero, esto configura un asunto que es tangencial al tema de esta conferencia, y que sólo traigo a colación porque deberé hacer algunas referencias circunstanciales al mismo.

---

<sup>1</sup> Hobsbawm, Eric (2003); *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Buenos Aires Crítica.

<sup>2</sup> Chiamonte, José Carlos (2013); *Usos Políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico*, Buenos Aires,

En cambio, hay algo vinculado a su postura política que sí constituye parte central para la evaluación de su obra. Se trata del efecto en ella de su adscripción teórica al marxismo. ¿Por qué separar –preguntarán Uds.–, esta adscripción teórica de su correlativa práctica política? Porque su militancia política posee una relación distinta, a mi juicio menos directa, con su obra, mientras que el uso historiográfico del marxismo fue considerado por él como una característica sustancial de ella y a la vez como un programa positivo para el desarrollo de la historiografía contemporánea.

\*

\*

\*

Pero antes de considerar estos problemas, me gustaría exponer algunos recuerdos personales de los breves contactos que tuve con Hobsbawm desde su primera visita a Buenos Aires a fines de los años sesenta, en ocasión de una conferencia que dictó en el CICSO. Luego de la conferencia, tuve con él una entrevista personal en la que charlamos sobre su obra y su utilización de ella en mi cátedra de Historia de la Cultura en la Universidad del Litoral. Años después, en abril de 1980, lo encontraría nuevamente en México, en un Seminario sobre “Relaciones entre Historia y otras Disciplinas de las Ciencias Sociales”, organizado conjuntamente por la UNESCO y FLACSO, y volvería posteriormente a reunirme con él en Buenos Aires, no hace muchos años, cuando asistió al lanzamiento de una reedición de sus obras por la entonces editorial Grijalbo. Más allá de esos encuentros, fui asiduo lector de sus trabajos, que utilicé en mis clases, para complacencia de los alumnos que también pudieron conocerlos desde la aparición de las primeras traducciones españolas de sus obras hacia 1964.

Pero mi conocimiento de sus escritos era anterior. No recuerdo exactamente el año, posiblemente fuera en 1961, cuando al hojear un número de la revista *Società*, dirigida por el historiador y político comunista italiano Emilio Sereni, me llamó la atención un artículo cuyo autor desconocía, un tal Eric Hobsbawm, y cuyo título era ‘Notas para el estudio de las clases subalternas’. Me sorprendió la calidad de la información, el criterio histórico con que se la manejaba y su trasfondo teórico, en el que era visible el conocimiento de Gramsci, como lo refleja el mismo título del trabajo. Pero, sobre todo, la inteligencia con que se reunía la mejor información disponible con una perspectiva marxista no dogmática, logrando lo que alguien podría haber calificado como conciliación de la herencia empírica anglosajona con una estructura teórica que remitía al autor de los *Cuadernos de la cárcel*, así como a la obra de Marx. Traté de averiguar algo más sobre el autor del artículo, sin mucho éxito. Vivía yo entonces en Rosario y las posibilidades de conseguir bibliografía anglosajona no eran muchas. Algunos años más tarde, en 1964, encontré la edición en castellano de *Las revoluciones burguesas*, cuya edición original había aparecido en Londres en 1962.<sup>3</sup> Su lectura me apasionó porque, para expresarlo sintéticamente, ya

---

Sudamericana, p. 22.

<sup>3</sup> Hobsbawm, Eric (1962); *The age of revolutions. Europe 1789-1848.*, Londres.

estaban en esta obra muchas de las mejores y conocidas características del autor. Debo agregar, cosa de particular significación para ese entonces, que tenía el mérito de utilizar a Marx con una falta de rigidez que para los años sesenta no era cosa frecuente. Este libro fue durante varios años una de las principales obras de la bibliografía de mi cátedra de Historia de la Cultura en la Facultad de Ciencias de la Educación de Paraná. Recuerdo también que en aquella visita de Hobsbawm a Buenos Aires, hacia fines de los sesenta, le comenté esta circunstancia y le mostré dos impresiones a mimeógrafo que los alumnos habían hecho de algunos capítulos y que habían sido prohibidas por la intervención de la Facultad durante el gobierno del general Onganía.

Posteriormente, fueron apareciendo, en ediciones españolas, otros títulos suyos, todos de similar atractivo pese a la diversidad de los temas, como *Industria e imperio* o *Rebeldes Primitivos*. Siempre sorprendía por la capacidad de abarcar la mejor producción historiográfica reciente, por la calidad de su elaboración y, asimismo, por el logro de una de las cosas más difíciles en una obra de historia: la reunión bien lograda de los datos de distintas especialidades, historia económica, historia política, historia intelectual... En años en que la historiografía académica sufría el denominado “imperialismo” de la historia económica, esta capacidad de pensar la historia en perspectiva global, como en el caso nuestro ocurría con Tulio Halperín, era de mayor valor aún.

“...las historias de Europa, de Estados Unidos y del resto del mundo -escribía Hobsbawm en su autobiografía refiriéndose a los años sesenta-, siguieron separadas unas de otras: sus respectivos públicos coexistían, pero apenas se rozaban. La historia sigue siendo por desgracia, principalmente una serie de nichos para los que la escriben y para su público lector. En mi generación -agregaba-, sólo un puñado de historiadores ha intentado integrarlos en una historia universal de máximo alcance. Ello fue debido en parte a que la historia no supo prácticamente emanciparse -en gran medida por motivos institucionales y lingüísticos- del marco de la nación-Estado. Volviendo la vista atrás, este provincialismo probablemente fuera el principal punto débil de la mater en mi época”<sup>4</sup>

He mencionado recién su libro *Rebeldes Primitivos*. Esta mención me lleva a recordar otra circunstancia de su visita a Argentina -relatada por José Nun-, motivada por un rebelde argentino de los años treinta del siglo pasado, no tan primitivo, conocido como Mate Cosido. La investigación sobre marginalidad social, dirigida por Nun, de la que Hobsbawm era asesor, los llevó al Chaco. Allí se enteraron que en la localidad de Presidente Roque Sáenz Peña vivía un policía retirado que hacía tiempo había dado muerte en Misiones a uno de los lugartenientes de Mate Cosido. Cuando Hobsbawm se enteró, le rogó que fueran de inmediato a buscarlo.

“Nos dio algún trabajo -cuenta Nun- pero, al fin, localizamos al sargento Ávalos en pleno campo. Nos pusimos a matear y, cuando salió el tema, nos confirmó la historia y comenzó a relatarnos cómo operaba la banda de Mate Cosido. En ese momento, Hobsbawm lo interrumpió y fue él quien continuó el relato. Ávalos no podía creerlo. ¿Acaso la fama y las correrías de Mate Cosido habían llegado a Londres? ‘No -le respondió Hobsbawm-, le estoy contando cómo actuaban en Italia los bandidos sociales del siglo XIX.’ Esa noche, el autor de *Primitive Rebels*, desbordaba de alegría. ‘Tantos

---

<sup>4</sup> Hobsbawm, Eric (2003): *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Buenos Aires Crítica. p. 270.

años en los archivos europeos –decía- y vengo a confirmar aquí, en la vida real, todo lo que estudié en las bibliotecas. Es el mejor premio que pude haber tenido’.”<sup>5</sup>

No es la única oportunidad en que Hobsbawm se ocupó de la Argentina, pues, entre otras circunstancias, hizo interesantes declaraciones sobre la guerra de las Malvinas. Pero esto nos llevaría mucho más tiempo del que hoy disponemos.

En sus libros y artículos se encontraban reflexiones que podían abrir caminos nuevos para la investigación o ayudar a sortear las limitaciones dogmáticas del marxismo. Respecto de eso último, recuerdo uno de sus pocos trabajos dedicados a la historia hispanoamericana, un artículo sobre la provincia peruana de La Convención. En unos años en que la moda del concepto de modo de producción hacía estragos entre los historiadores, Hobsbawm advertía sobre la inconveniencia de atribuir las relaciones serviles que se observaban en esa región peruana en el siglo XIX, a la “supervivencia” de algún modo de producción colonial o prehispánico, pues los hombres, aducía, suelen crear y recrear las mismas pocas relaciones sociales que conoce la historia, en cualquier época en que se reúnan factores similares; tales, como en este caso, la escasa densidad demográfica, la debilidad de los transportes y la penuria de otros recursos, factores que favorecían la difusión de la servidumbre en las grandes propiedades rurales.

El criterio de Hobsbawm rompía la concepción dogmática de la serie de modos de producción y con ello los supuestos teóricos periodizadores que le correspondían. Este tipo de enfoques sorprendían siempre, viniendo de un historiador marxista, por la amplitud de miras que traducía. Pues, en sus diversos trabajos, Hobsbawm mostraba una entonces rara capacidad de comprender que la historia era una disciplina con vida propia –no un apéndice de lo político- y, pese a lo que hacen suponer muchas de sus afirmaciones, una alerta actitud ante los riesgos que emanaban de una corriente de pensamiento que podía proporcionarle aportes positivos pero también rigideces dogmáticas. Así, por ejemplo, recuerdo que en su exposición en aquel seminario internacional realizado en México reclamó con sorprendente énfasis poner fin a lo que calificó de una intolerable metafísica de la transformación de los valores en precios, tema entonces de moda entre economistas marxistas.

Por otra parte, predominaba siempre en sus escritos una viva inquietud por las desigualdades sociales y por los conflictos históricos que ellas provocaban, una inquietud avivada por la realidad contemporánea, tal como lo reflejaría en su historia del siglo XX.

## **Naciones y nacionalismo**

En *Las revoluciones burguesas* aparecía ya su perspectiva sobre la historicidad de conceptos como *pueblo* y *nación*, que desplegaría más tarde como nota dominante de su libro *Naciones y nacionalismo desde 1780 -*

---

<sup>5</sup> José Nun, Artículo en *Newsweek*, 27 de noviembre de 2012.

cuya edición inglesa es de 1990-, libro que contiene algunas de las observaciones más agudas que conozco para la comprensión del fenómeno de la emergencia de las naciones contemporáneas. Tal, por ejemplo, la advertencia de que si bien es cierto que siempre existieron en la historia de la humanidad grupos humanos étnicamente homogéneos y con conciencia de esa homogeneidad, lo nuevo del siglo XIX es la pretensión, propia del denominado principio de las nacionalidades, de justificar la existencia estatal independiente en la homogeneidad étnica. Esta perspectiva convertía al denominado principio de las nacionalidades en una cuestionable interpretación del surgimiento de los Estados contemporáneos. Es decir, que la justificación del Estado-nación en términos de nacionalidad era ideológica y no resistía la evidencia histórica, tal como lo muestra la diversidad de grupos humanos que reunían los principales estados europeos al formarse. Tras su aparente sencillez, esa reflexión modifica toda la perspectiva sobre el asunto, al convertir el concepto de nacionalidad en una construcción histórica, efecto y no fundamento del proceso histórico de formación de las naciones contemporáneas.

No resisto la tentación de leerles un notable, irónico, párrafo, con el que comenzaba una conferencia suya en la American Anthropological Association, publicada en 1992:

**“Los historiadores somos al nacionalismo lo que los cultivadores de amapola en Pakistán son a los adictos a la heroína: les suministramos la materia prima esencial para el mercado. Una nación sin pasado es algo contradictorio. Lo que hace a una nación es el pasado,** lo que justifica que una nación esté en contra de otras es el pasado y los historiadores son las personas que lo producen. De modo que mi profesión, que siempre estuvo ligada a la política, se convierte en un componente esencial del nacionalismo. Mucho más que los etnógrafos, los filólogos y otros proveedores de servicios étnicos y nacionales que también fueron movilizados”.

Agregaba luego otras observaciones tan oportunas como la anterior:

**“Desafortunadamente, la historia que quieren los nacionalistas no es la historia que los historiadores académicos profesionales, incluso aquellos ideológicamente comprometidos, deben suministrar.** Es una mitología retrospectiva. Permítanme repetir una vez más las palabras de Ernest Renán: ‘Olvidar la historia o malinterpretarla son factores esenciales en la formación de una nación y explican por qué el avance de los estudios históricos a menudo es peligroso para una nacionalidad.’ En consecuencia –comenta Hobsbawm-, un historiador que escribe sobre etnicidad o nacionalismo realiza una intervención política o ideológicamente explosiva”.<sup>6</sup>

Posteriormente seguí atento a sus diversas publicaciones, pese a la inquietud generada por algunas de sus posturas políticas. Esta inquietud surge, por ejemplo, del ya mencionado *Naciones y nacionalismo...*, que ofrece invalorable reflexiones sobre el origen de las naciones pero un no acertado vaticinio sobre lo que él presumía como cercana desaparición del nacionalismo. También su controvertida permanencia en el partido comunista inglés, aunque justificada por él con respetables razones de honestidad intelectual, no dejaba de ser sorprendente, más aún teniendo en cuenta su disgusto ante diversas facetas de la Unión Soviética.

---

<sup>6</sup> Hobsbawm, Eric (1992); “Ethnicity and Nationalism in Europe Today”, *Anthropology Today*, Vol. 8, nro. 1, febrero, p. 3.

De tal manera, padeció las críticas desde los dos extremos del espectro político contemporáneo: por su marxismo, desde posturas de derecha y por su uso del mismo con amplitud de miras, por críticos de izquierda. Características que le valieron ser objeto de la censura soviética, por una parte, como también del mundo editorial francés, por otra, dado que no fue posible editar en Francia la traducción de su historia del siglo XX, publicada finalmente en Bélgica.

Sorprende también que no haya realizado un ahondamiento en las limitaciones del esquema de clases, esquema que, explícitamente o no, se encuentra en sus libros y que no es el más apropiado para lograr una mejor explicación de los conflictos de intereses a lo largo de la historia, incluida la explotación del trabajo humano, cuya persistencia tan generalizada angustiaba con razón a Hobsbawm. Es cierto que la utilización de ese concepto y de los con él relacionados –como *lucha de clases* o *conciencia de clase*– es en Hobsbawm superficial, y diría esto como reconocimiento de un mérito y no como una crítica.

Si hay algo que lo confirma –y que considero que prueba lo que acabo de explicar en la primera parte de mi último libro sobre el lenguaje de clases-,<sup>7</sup> es su ensayo sobre “Los intelectuales y la lucha de clases” contenido en *Revolucionarios*, libro publicado en inglés en 1973 y en español en 2010. Este capítulo podemos considerarlo una prueba de cómo el lenguaje de clases es una inercia de conceptos usados irreflexivamente. Pese al título, las únicas veces en que aparece en este largo capítulo la expresión “lucha de clases” es en estos dos párrafos: “En Francia, durante el movimiento de mayo de 1968, el frente divisorio de la lucha de clases pasaba a través de las clases medias” y “Lo que vaya a ser el papel de los intelectuales en la lucha de clases depende en gran medida de las respuestas [a un previo interrogante]”<sup>8</sup>

Si pensáramos que el hecho de que la expresión aparezca sólo dos veces no niega su validez para lo analizado en el artículo, hay que notar que justamente los protagonistas de los conflictos reseñados o aludidos en el texto no son clases sino grupos humanos diversos, como estudiantes, mujeres, jóvenes, negros, intelectuales, entre otros, estudiados desde el punto de vista de sus potencialidades revolucionarias. Esto se hace más visible hacia el final del texto, cuando escribe que es oportuno concluir su ensayo “con un breve examen de las relaciones entre los movimientos de intelectuales y los de obreros, campesinos y otras **capas** perjudicadas.” Aquí los obreros –los únicos a los que en el texto se une la palabra clase, en las referencias a la “clase obrera”– han dejado de ser los contendientes en la lucha de clases para pasar a ser una “capa” entre otras.

Es por todo esto que dije hace unos minutos que el no haberse atado a esos lugares comunes de la literatura política, tales como el de la lucha de clases, era un mérito, porque si algo puede decirse de

---

<sup>7</sup> Chiamonte, José Carlos (2013); *Usos Políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Sudamericana.

<sup>8</sup> Hobsbawm, Eric (2011); *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*, Barcelona, Crítica, pp. 366 y 376.

este ensayo es la riqueza de análisis de un objeto que no resultó justamente el anunciado en el título sino el de la posible capacidad revolucionaria de grupos humanos diversos.

Hobsbawm no se enfrentó al problema entrañado por la concepción de Marx de la historia como lucha de clases y de la misión de una de esas clases de suprimirlas. Pero tampoco se encadenó a los clichés que suelen abundar en trabajos de similar tendencia. Esto se percibe también en otros detalles de su obra, como en el uso restringido del lenguaje de clases, sólo que las traducciones al español nos lo ocultan. Por ejemplo, su libro *The Age of Revolutions*, se publica la primera vez en español como *Las revoluciones burguesas*. Publica *Labouring men: studies in the history of labour*, pero se traduce como *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*. Publica *Worlds of Labour: further studies in the history of labour*, pero se publica en español como *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera...*

## La historia del siglo XX

La *Historia del siglo XX, 1914-1991*, -El tiempo de los extremos [*The Age of Extremes*] en la versión original inglesa, o la historia del siglo XX “corto”, como gustaba delimitar el autor- es, en su génesis y construcción, un libro distinto a sus anteriores.<sup>9</sup> Ya no estamos ante un texto que sólo ofrece al lector información y explicaciones sobre lo ocurrido en un período dado de la historia, con la sobresaliente maestría para organizar un relato histórico amplio que caracterizaba a Hobsbawm. En este libro que culmina la serie que dedicó al siglo XIX, nos explica en el Prefacio que su motivación y su metodología han sido muy distintas. No sólo porque la incomparable abundancia de fuentes relativas a la historia de esa centuria le parecían imposible de abarcar por una sola persona. Y tampoco por el hecho mismo de que, según aducía, no era especialista en la historia del siglo XX sino en la del siglo anterior. Lo que hace de ese libro una obra de distinta naturaleza es que se trata del producto de la reflexión de un sobresaliente historiador contemporáneo sobre hechos de los que fue testigo, acontecimientos en los que participó y movimientos políticos a los que adhirió.

De esta realidad, que confiesa de entrada para alertarnos sobre los condicionamientos de su trabajo, surge la posibilidad de una experiencia poco frecuente: que el lector pueda escuchar a un testigo de parte de lo que narra, evaluar el grado de compromiso de sus juicios y discrepar con lo que escribe, pero siempre descubrir perspectivas distintas, inteligentes y estimulantes. Claro está, que se requiere un lector que no pida a la historia lo que ella no puede dar, la profecía. Un lector, en suma, más atento a las advertencias del prólogo que ansioso por las inciertas inferencias sobre el futuro que podrían extraerse del epílogo.

---

<sup>9</sup> Hobsbawm, Eric (1997); *Historia del Siglo XX: 1914-1991*, Barcelona, Crítica.

Sorprendentemente –escribía yo antes del fin del siglo pasado-, la *Historia del siglo XX* iba camino de hacerse un lugar en la historia de la vida cultural del siglo XX “largo”, no sólo por su mérito intrínseco sino por el fenómeno de cultura masiva, a doble faz, que ha protagonizado. Por un lado, su enorme difusión internacional, respecto a lo cual, a los datos que aporta el mismo Hobsbawm en el prólogo de la edición belga de su libro pueden añadirse los de la crecida venta en Argentina.

Por otra parte, le confirió mayor notoriedad el ya señalado rechazo del mundo editorial francés, rechazo cuyas motivaciones son causa de justificada intriga. De esta actitud -que sólo ha podido ser compensada por la mencionada edición belga- lo menos que puede decirse es que es desconcertante. Cuál puede ser el motivo de tal anomalía, no es cuestión de fácil discernimiento. Previamente a las inquietantes hipótesis que se han formulado o insinuado, debemos recordar ante todo el sorprendente encierro de los principales países europeos en su propio mundo cultural; sorprendente sobre todo para el viajero latinoamericano que arriba al viejo continente con la ingenua visión de una Europa cosmopolita. Y, por otra parte, la sensibilidad empresaria de esos países por su posición en el mercado cultural exterior, en el que la producción francesa tiene un lugar preeminente. Tal como lo reflejaba *Le Nouvel Observateur*, en la presentación de un reportaje al famoso historiador Georges Duby, publicado en 1982, al comentar con cierta dosis de humor que la escuela histórica de los *Annales*, junto al Renault 5 y al agua de Perrier, era uno de los mejores productos de exportación franceses de ese entonces.<sup>10</sup>

El sensible nacionalismo de una parte de la cultura francesa, con el añadido de la histórica rivalidad con Inglaterra, no parece sin embargo motivo suficiente para frenar los negocios editoriales. El hecho mismo de las exitosas ediciones francesas de obras anteriores de Hobsbawm no parecería poder convalidar esa hipótesis. Y las no convincentes explicaciones de un miembro conspicuo de ese mundo intelectual que describía el caso como producto de una evaluación de las características del mercado-, sólo logran fortalecer la hipótesis de algo que pareció asumir aspectos de censura.

### **La autobiografía de Hobsbawm. Una crisis de conciencia en la periferia de una ortodoxia**

Retornemos ahora a los problemas aludidos al comienzo de mi exposición. La expresión “el legado de Hobsbawm” ¿refiere al legado del destacado intelectual o a sólo el del historiador? El interrogante es válido porque, recordémoslo, su actividad intelectual no se ejerció sólo en el campo historiográfico sino también en el político. Y en este terreno su mensaje es afectado por esa dramática inquietud que no logró aclarar de manera satisfactoria. Porque aquellas palabras que transcribimos al comienzo, las de no abandonar nunca el combate contra las injusticias sociales, parecía verse comprometido por su no abandonada pertenencia al partido comunista británico.

---

<sup>10</sup> *Le Nouvel Observateur* (1982); “Le Moyen Age retrouvé. Un entretien avec Georges Duby”, nro. 929, 23 août au 3 septembre.

A lo largo de la autobiografía de Hobsbawm, efectivamente, parece flotar una búsqueda recurrente de algo nunca logrado: cómo explicar convincentemente su permanencia en el partido comunista inglés luego de todo lo conocido de la historia soviética. Esas memorias suscitaron inquietud aún entre sus mismos admiradores. Como escribía uno de ellos, un profesor del King's College, en el Suplemento Literario del *Times*, la autobiografía de Hobsbawm no logra una explicación satisfactoria de sus motivaciones. “Cuanto más se acerca a ese problema más confuso resulta”<sup>11</sup>

En su autobiografía explicaba que quiso evitar verse en compañía de ex-comunistas devenidos en fanáticos anti-comunistas: “Yo no quise romper con la tradición que fue mi vida” respondía a una periodista del *New York Times* en una entrevista publicada en agosto del 2003 con el título de “Una vida comunista sin disculpas”. “Todavía pienso -agregaba- que fue una gran causa, la emancipación de la humanidad. Quizás la perseguimos por el camino errado [...] pero tienes que estar en esa carrera o la vida no merece la pena de vivirla.” Evidentemente, uno de los autores más consecuentes en el uso de la razón para el análisis de la historia, al intentar explicar la causa de sus decisiones políticas, nos da de ellas una justificación emotiva.

Lo mismo se percibe en diversos lugares de su autobiografía. Por ejemplo, escribe lo siguiente:

“Los meses de mi estancia en Berlín hicieron de mí un comunista para toda la vida, o, como mínimo, un hombre cuya vida perdería su carácter y su significado sin el proyecto político al que se consagró siendo un estudiante, a pesar de que dicho proyecto ha fracasado de forma patente, y de que, como ahora sé, estaba condenado a fracasar. El sueño de la Revolución de Octubre permanece todavía en algún rincón de mi interior [...] Lo he abandonado, mejor dicho, lo he rechazado, pero no he conseguido borrarlo. Hoy en día me doy cuenta de que sigo tratando el recuerdo y la tradición de la **URSS con una indulgencia y una ternura** que no siento por la China comunista, pues pertenezco a una generación para la que la Revolución de Octubre representaba la esperanza del mundo, cosa que nunca significó China. La hoz y el martillo de la Unión Soviética eran su símbolo” [resaltado mío].<sup>12</sup>

Y en una entrevista anterior a la autobiografía, publicada como libro en el 2000, explicaba así sus motivaciones:

“¿Por qué permanecí en el partido durante los años posteriores a la crisis de 1956? Creo que por lealtad a una gran causa y a todos aquellos que, por esa causa, habían sacrificado su vida. Cuando me hice comunista, en 1932, todos estábamos dispuestos a hacerlo. Recuerdo a los amigos y compañeros muertos por aquella causa, a los que sufrieron la cárcel y las torturas -tanto las de los regímenes comunistas como las de los capitalistas- y, no lo olvidaré nunca, a los hombres y mujeres que renunciaron a sus carreras y al éxito para llevar una vida de trabajo agotador y relativa pobreza como funcionarios del partido, con salarios tan bajos como los de cualquier obrero. Yo nunca tuve que hacer semejantes sacrificios. Lo menos que podía hacer era mostrar un mínimo de solidaridad, rechazando las ventajas materiales y profesionales que me habría reportado abandonar el partido”.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Richard Vinen, según “A Communist Life With No Apology”, By Sarah Lyall; *The New York Times*, August 23, 2003.

<sup>12</sup> Hobsbawm, Eric (2003); *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Buenos Aires Crítica., p. 62.

<sup>13</sup> Hobsbawm, Eric (2000); *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, p. 215.

Creo que las respuestas de Hobsbawm, aunque pueden juzgarse como insatisfactorias, tienen el valor de ser una franca y valiente explicación de algo que él mismo percibe como una debilidad. Además, la debilidad de esas explicaciones no puede servir de argumento para juzgar del valor de su obra historiográfica, porque lo cierto es que no la supeditó a aquella “indulgencia” que se atrevía a confesar.

### **Hobsbawm y el marxismo**

Respecto del uso del marxismo en su trabajo historiográfico, cabe también formularnos la pregunta de en qué medida favoreció o perjudicó sus trabajos de historia. Lo que me parece indudable es que usó lo mejor que podía extraer de la obra de Marx, pero sometido al control de los datos provenientes de los avances historiográficos de su tiempo. Fue justamente su condición de profundo estudioso de la historia, con un amplísimo conocimiento de la producción historiográfica contemporánea, lo que le hizo posible evitar limitaciones dogmáticas. Detrás de la imagen que quiso dar de sí mismo como un fervoroso militante de la causa del comunismo, así como un fiel seguidor del fundamento teórico de esa causa, la doctrina marxista, en su obra de historiador Hobsbawm practicó una libertad de pensamiento que estaba lejos del dogmatismo usual proveniente de tal tipo de decisiones personales.

Agregaría que en este punto no debemos engañarnos por la lectura de algunos de sus textos teóricos –conferencias, ponencias a congresos, entrevistas- en los cuales se dedica a analizar la contribución del marxismo a la renovación de la historiografía desde fines del siglo XIX. Son textos de los que emana una postura que, en su apología de Marx, traslada al plano teórico la fe del militante comunista. Por ejemplo, es el caso del ensayo “La contribución de Karl Marx a la historiografía”, publicado por primera vez en español en 1977, en el que parte de distinguir lo que denomina marxismo vulgar de lo que juzga como el verdadero contenido de la doctrina de Marx, así como se ocupa luego de un tema muy vivo en esos años, el de las relaciones del marxismo y el estructuralismo. A diferencia de la aguda percepción crítica que muestra en el uso de los datos en sus obras de historia, en ese texto pasa por alto el significado de algunos de los más importantes que maneja. Así, por un lado, señala algo que frecuentemente se ha ignorado, que el mismo Marx, “...negó poseer –escribía Hobsbawm- la primacía de la introducción de los conceptos de clase y de lucha de clases en la historia”.<sup>14</sup> Lamentablemente, no ahonda en esto, algo que puede ayudar a comprender la naturaleza del denominado lenguaje de clases, sobre todo, si recordamos lo que Marx agregó a esa declaración hecha en carta a un amigo socialista alemán, cuyo texto completo es el siguiente:

“Y ahora, en lo que a mí respecta no ostento el título de descubridor de la existencia de las clases en la sociedad moderna, y tampoco siquiera de la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, los historiado-

---

<sup>14</sup> Hobsbawm, Eric (1983); *Marxismo e historia social*, Puebla, Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla, p. 85.

res burgueses habían descrito el desarrollo histórico de esta lucha de clases, y los economistas burgueses la anatomía económica de las clases.”

Esto es lo que Hobsbawm citaba resumidamente, a lo que agregaba Marx de seguido:

“Lo que yo hice de nuevo fue demostrar: 1) que la existencia de las clases está vinculada únicamente a fases particulares, históricas, del desarrollo de la producción; 2) que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado; 3) que esta misma dictadura sólo constituye la transición a la abolición de todas las clases y a una sociedad sin clases”.<sup>15</sup>

En el momento en que Hobsbawm escribía ese texto hacía tiempo que estaba claro que el ensayo de llevar a la práctica la dictadura del proletariado en la Unión Soviética había dado como resultado una dictadura de otro sujeto histórico, un partido político y no de una clase social, que ella había fracasado, y que la afirmación de una lucha entre las clases sociales que conduciría a una dictadura de una de ellas, el proletariado, tampoco era algo que pudiese ser probado mediante la historia de los trabajadores de los principales países capitalistas.

Por eso, pienso que la mejor forma de explicar en qué consiste el valor de la obra historiográfica de Hobsbawm, es la de reconocer que frente a las limitaciones que su credo político podría haberle impuesto, simplemente prevaleció su talento, su talento como historiador, unido, es cierto, a su sobresaliente calidad de escritor. Diría, también, recurriendo a una expresión que he utilizado recientemente, que pese al fuerte compromiso político, la obra de Hobsbawm no cae bajo el concepto de “uso político de la Historia”. Más bien, podríamos agregar mediante un juego de palabras, que una de las características más destacables de esa obra sea la de haber hecho un inteligente **uso histórico de lo político**, es decir, un aprovechamiento de las experiencias vividas como participante en la política de su tiempo, para enriquecer su comprensión de la evolución de los acontecimientos históricos de los siglos XIX y XX.

Es por eso que más allá de las preguntas sin respuestas que surgen de la apasionante autobiografía que publicó en el 2002, Hobsbawm constituye, indudablemente, uno de los mayores historiadores contemporáneos. Tal como reconocía una reseña de ese libro hecha en *The New York Times*, al destacar que pese a su credo político, Hobsbawm logró instalarse en lo más alto de la estima británica debido a su rigor intelectual, a lo insaciable de su curiosidad, a su asombrosa amplitud de intereses y, producto de todo eso, a la riqueza incuestionable de su labor historiográfica.

Buenos Aires, agosto de 2013.

---

<sup>15</sup> Marx a Weydemeyer, Londres, 5 de marzo de 1852, en Marx, Carlos y Federico Engels (1947); *Correspondencia*, Buenos Aires, Problemas, p. 73.